

DESAFIANDO LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL: IDEOLOGÍAS DE CAMBIO RADICAL EN LA CENTROAMÉRICA DE POSTGUERRA

Alberto Martín Álvarez

Universidad de Colima, México. E-mail: matinal@uclm.mx

Recibido: 14 Febrero 2011 / Revisado: 17 Marzo 2011 / Aceptado: 24 Marzo 2011 / Publicación Online: 15 Junio 2011

Resumen: Este trabajo analiza cómo el neoliberalismo alcanzó una hegemonía discursiva y se convirtió en el ideario orientador de las principales políticas económicas implementadas en el período de postguerra en América Central. Se muestra asimismo como en paralelo a este proceso, la izquierda revolucionaria centroamericana surgida en las décadas de los sesenta y setenta como una propuesta anti – sistémica, aceptó el marco de las democracias representativas y se insertó en los sistemas políticos. A través de esta vía dicha izquierda quedó sometida a la hegemonía ideológica del liberalismo renunciando a sus proyectos de transformación social. Se expone también cómo la implementación de políticas económicas neoliberales a lo largo de la década de los noventa, y la decepción experimentada por los magros resultados de las democracias de la región desencadenaron una serie de campañas y movimientos de resistencia en cuyo seno se gestaron nuevas prácticas, organizaciones y creencias políticas de izquierda en la región.

Palabras clave: América Central, postguerra, neoliberalismo, izquierda revolucionaria, ideología.

INTRODUCCIÓN

A finales de los años noventa y en los primeros años de la década del dos mil tuvieron lugar en América Central una serie de importantes movilizaciones sociales contra la implementación de políticas económicas de corte neoliberal. Las campañas de protesta contra las reformas de las pensiones, las subidas de impuestos regresivos, los incrementos de precios, la privatización de

servicios públicos, o contra la firma de acuerdos de libre comercio, promovieron las mayores movilizaciones en la región desde finales de los años setenta. Esta acción colectiva defensiva¹, provocada por problemas económicos atribuidos a los estados y por la amenaza de la pérdida de algunos derechos sociales previamente adquiridos por la población, ha sido estimulada por (y a su vez ha facilitado la creación de) nuevos contra- discursos de oposición a la hegemonía ideológica del neoliberalismo. Como afirma Schwarzmantel², el panorama ideológico actual a escala mundial se caracteriza por la aspiración hegemónica del neoliberalismo, el cual ha sido capaz de alcanzar un dominio discursivo a lo largo de las dos últimas décadas, incluso en los países del Sur. Sin embargo, dicho dominio no es total debido a la confrontación de que es objeto por parte de una serie de ideologías de oposición, tanto en la izquierda como en la derecha del espectro ideológico. De acuerdo con Manfred Steger³ dicho espectro puede dividirse actualmente en tres familias ideológicas, en el centro, la representada por lo que este autor denomina el “globalismo” y que en este trabajo se identificará con un neoliberalismo globalizado. La derecha estaría compuesta por nacionalismos populistas, por nuevos localismos y por los fundamentalismos religiosos. Su característica esencial, según este autor, sería el rechazo al “globalismo”, y la defensa de identidades locales, nacionales o religiosas, en oposición a los efectos de esta fase del desarrollo capitalista. Por su parte, la izquierda estaría integrada actualmente por movimientos como el feminismo y el movimiento por la justicia global y se caracterizaría también por su oposición al “globalismo” y por la prosecución de una

justicia social global. Tanto la izquierda como la derecha se caracterizan por su postura crítica, desde posiciones por supuesto divergentes, a las relaciones sociales de dominación existentes.

Tomando como referencia estos elementos, este trabajo se inicia con un análisis de los rasgos básicos del proceso de “neoliberalización” que experimentó Centroamérica en las últimas dos décadas, esto es cómo el neoliberalismo como ideología alcanzó una hegemonía discursiva y se convirtió en el ideario orientador de las principales políticas económicas implementadas en la región en ese período. Se mostrará asimismo como en paralelo a este proceso, la izquierda revolucionaria centroamericana surgida en las décadas de los sesenta y setenta como una propuesta anti – sistémica, aceptó el marco de las democracias representativas y se insertó en los sistemas políticos. A través de esta vía, dicha izquierda quedó sometida en la práctica a la hegemonía ideológica del liberalismo, renunciando a sus proyectos de transformación social. Se expondrá también cómo la implementación de políticas económicas neoliberales a lo largo de la década de los noventa, y la decepción experimentada por los magros resultados de las democracias de la región, desencadenaron una serie de campañas y movimientos de resistencia en cuyo seno se gestaron nuevas prácticas, organizaciones y creencias políticas de izquierda en la región. El capítulo finaliza identificando los rasgos principales de esos nuevos sistemas de creencias políticas críticos del neoliberalismo surgidos en los últimos años en América Central desde posiciones de izquierda.

1. LA NEOLIBERALIZACIÓN DE AMÉRICA CENTRAL

En los primeros años noventa el ideario neoliberal fue capaz de alcanzar una virtual hegemonía ideológica en la región centroamericana. Con ideario neoliberal se hace referencia aquí, y siguiendo a David Harvey⁴, a una variante del pensamiento liberal que considera que el paradigma de la interacción humana se encuentra situado en las relaciones de mercado y desea extender esas relaciones a la mayor cantidad posible de campos de la actividad de los individuos. De acuerdo con John Schwarzmantel⁵ esta forma de liberalismo de mercado tiene en su base una concepción de los seres humanos en la que estos disponen a voluntad de sus propiedades y buscan constantemente incrementarlas. Como este

mismo autor se encarga de señalar, esta expresión del pensamiento liberal constituye una variante empobrecida del pensamiento liberal clásico. Si bien comparte con este último algunos conceptos fundamentales como la primacía de los derechos individuales, la limitación del poder estatal, la elección individual y la importancia del mercado, el neoliberalismo ha abandonado las aspiraciones al desarrollo del ser humano características del liberalismo clásico, quedando reducido a un fundamentalismo del mercado que considera a los individuos meros consumidores. Como teoría de política económica, y como señala de nuevo Harvey⁶, el neoliberalismo propone que el bienestar humano se alcanza a través de la liberación de las libertades empresariales e individuales, y a partir de esta premisa, otorga al Estado el papel de creador de un marco institucional favorable a los derechos de propiedad privada, el mercado libre y el libre comercio. Los estados, vistos desde esta perspectiva, deben limitarse a asegurar la calidad del dinero y los derechos de propiedad privada, y a promover la creación de mercados en aquellas áreas en las que no existan, incluyendo todas aquellas consideradas hasta hace algunas décadas como de competencia exclusiva del sector público: la educación, la salud, el suministro de agua potable, la generación de energía o las comunicaciones.

Esta expresión reduccionista del pensamiento liberal es la que se ha convertido en hegemónica en América Central. En esta región, en el marco de la resolución de los conflictos armados y las transiciones hacia regímenes democráticos de los primeros años noventa, sectores empresariales surgidos de las elites tradicionales impulsaron nuevos proyectos políticos y económicos inspirados en el ideario neoliberal. Frente a la crisis iniciada en los años setenta del patrón de acumulación tradicional de las oligarquías de la región, basado en la propiedad de la tierra y la exportación de productos primarios (café, algodón, banano), algunos sectores de las mismas comenzaron a diversificar a lo largo de la década de los ochenta sus fuentes de ingreso a través de inversiones en maquilas, infraestructuras turísticas, finanzas y exportaciones no tradicionales. Estos sectores modernizadores de las oligarquías centroamericanas, con líderes educados frecuentemente en escuelas de negocios de los Estados Unidos, se convirtieron en los promotores del neoliberalismo en la región. Dicha promoción incluyó la creación de

think tanks y la fundación de nuevos partidos políticos – como en los casos del Partido de Avanzada Nacional (PAN) de Guatemala, el experimento de la Unión Nacional Opositora (UNO) de Nicaragua y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) de El Salvador –, o la toma del control de partidos preexistentes, como sucedió por ejemplo con el Partido de Liberación Nacional (PLN) y el Partido de Unidad Social Cristiana (PUSC) en Costa Rica, y el Partido Liberal y el Partido Nacional en Honduras. Estas fuerzas políticas fueron capaces de asumir el control de los estados en el contexto de la Centroamérica de posguerra, e impulsar desde ellos una reestructuración económica de hondo calado que reinsertó a la región en una economía global en pleno proceso de transformación. Los gobiernos de Violeta Chamorro en Nicaragua (1990 – 1997), Alfredo Cristiani en El Salvador (1989 – 1994), Rafael Leonardo Callejas (1990-1994) en Honduras, Álvaro Arzú Irigoyen (1996 – 2000) en Guatemala y Luis Alberto Monge (1982 – 1986) en Costa Rica, ilustran este proceso. Durante sus mandatos se implementaron las primeras reformas dirigidas a reestructurar las economías centroamericanas en la dirección de dismantelar el modelo económico de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) surgido en torno del proyecto del Mercado Común Centroamericano (MCCA) en los años sesenta. Como afirman Almeida y Walker¹, estas políticas de estabilización incluyeron la devaluación de las monedas, la reducción de subsidios a productos básicos y la desregulación de las economías, y fueron motivadas en primera instancia por la necesidad de atajar la creciente deuda externa contraída.

Tras esta primera oleada de reformas estructurales implementada a mediados de la década de los ochenta y primeros años noventa, y con el fin de responder de nuevo a los compromisos de la deuda, se puso en marcha en América Central una segunda fase de reformas de corte neoliberal a mediados de los años noventa caracterizada por la privatización de servicios públicos, y por el establecimiento de impuestos regresivos fundamentalmente. En el caso salvadoreño durante la presidencia de Armando Calderón Sol (1994 – 1999) se acometieron diversas reformas estructurales como por ejemplo la privatización del sector de las telecomunicaciones, de la generación de electricidad, del sistema de pensiones así como la reducción de subsidios a productos básicos. En el caso de Honduras, durante la presidencia

de Carlos Roberto Flores (1998-2002) se implementó un paquete de medidas de ajuste estructural que se tradujo en la privatización de la distribución de electricidad, de los aeropuertos y de las comunicaciones, dentro de una estrategia global de austeridad presupuestaria para reducir el déficit y controlar la inflación. En Guatemala y bajo la presidencia de Álvaro Arzú Irigoyen (1996-2000) se privatizaron sectores estratégicos como la generación de electricidad, la telefonía, los ferrocarriles o el transporte aéreo. Desarrollos similares se produjeron en Nicaragua durante la presidencia de Arnoldo Alemán (1997-2002) y en Costa Rica bajo la presidencia de Miguel Ángel Rodríguez (1998 – 2002) quien trató de acometer la privatización del sector energético y privatizó efectivamente el sector de transportes.

Junto a la reducción del aparato estatal y del déficit público, la promoción del libre comercio constituyó otro de los pilares de las políticas económicas implementadas en Centroamérica en los primeros años de la década de dos mil. En este sentido, la negociación de un tratado de libre comercio entre América Central y los Estados Unidos, el denominado CAFTA (Central American Free Trade Agreement) por sus siglas en inglés, se convirtió en una apuesta estratégica de las elites empresariales transnacionalizadas de la región. El proceso para la firma del tratado se inició en 2002 con el anuncio del inicio de las negociaciones por parte del presidente de los Estados Unidos George W. Bush, y se cerró con el referéndum sobre la aprobación del mismo celebrado en Costa Rica en octubre de 2007. A lo largo de ese período las otras cuatro naciones centroamericanas suscribieron y ratificaron el CAFTA pese a la fuerte oposición desplegada por organizaciones y movimientos sociales.

2. LAS MOVILIZACIONES CONTRA LAS POLÍTICAS NEOLIBERALES

La segunda oleada de políticas neoliberales no fue impuesta sin resistencias, sino que muy al contrario, tuvo que hacer frente a una serie de campañas de protesta desplegadas por diversos movimientos y organizaciones sociales. Dichas campañas tuvieron lugar entre finales de los noventa y los primeros años de la década de dos mil, y desencadenaron algunas de las movilizaciones más grandes de la historia reciente de la región. De forma destacada, y como se mostrará más adelante, las movilizaciones contra el CAFTA significaron un

punto de inflexión en la articulación de acción colectiva transnacional en Centroamérica. Como muestran Almeida y Walker⁸, al amenazar beneficios económicos y sociales previamente adquiridos por diversas capas de la población, las políticas neoliberales aglutinaron en su contra amplias coaliciones multi - sectoriales con fuerte capacidad de movilización que, en ocasiones, contaron incluso con el apoyo de fuertes partidos de oposición, como en los casos de Nicaragua y El Salvador. Las privatizaciones de servicios públicos, las alzas de impuestos o la retirada de subsidios fueron percibidas por los ciudadanos como una erosión de derechos cuyo responsable indiscutible era el gobierno central, el cual se convirtió repetidamente en el objetivo de las movilizaciones contra las medidas de austeridad decretadas en la región en los últimos veinte años.

Las campañas de protesta desarrolladas a lo largo de los años noventa tuvieron como objetivo alguna propuesta de reforma, una ley, o la privatización de un servicio público y se produjeron a escala nacional. Tales fueron los casos del intento de privatización parcial del Instituto Salvadoreño del Seguro Social (ISSS) en 2002 y 2003 durante la administración del presidente Francisco Flores (1999 - 2004) – las denominadas “marchas blancas” -, la exitosa campaña contra la privatización del sector de distribución de electricidad en Costa Rica en 2000 – 2001 proyectada por el gobierno de Rodríguez Echeverría, o las sucesivas campañas contra la reducción del presupuesto educativo en Nicaragua entre 1995 y 1997 durante la presidencia de Violeta Chamorro. Los actores principales de las movilizaciones fueron trabajadores del sector público, obreros, campesinos, estudiantes así como ONG, organizaciones indígenas, de mujeres y ecologistas.

De forma novedosa, la propuesta estadounidense de un tratado de libre comercio para la región centroamericana significó el inicio de un ciclo de movilizaciones a escala regional, alentado por la articulación de una serie de redes transnacionales de activistas opuestas a las políticas neoliberales. En enero de 2002 el presidente de los Estados Unidos George W. Bush anunció que la firma de un tratado de libre comercio con América Central era una prioridad para su administración, y obtuvo para ello una autorización para negociarlo por la vía rápida (Fast - track). El proceso de negociación y ratificación del tratado en cada una de las naciones centroamericanas desencadenó la

activación de una serie de coaliciones opositoras de la sociedad civil. Las posturas adoptadas por dichas coaliciones de oposición a los tratados oscilaron entre la demanda de renegociación de aspectos concretos de los mismos, hasta la denuncia y el repudio absolutos. Ambas posturas fueron defendidas por actores sociales diferentes. Los grupos que Rose Spalding⁹ denomina los “negociadores críticos”, defendieron posiciones de participación crítica en los procesos negociadores aprovechando los pequeños espacios de intervención para la sociedad civil ofrecidos por los gobiernos. La coalición transnacional Iniciativa Centroamericana de Comercio Integración y Desarrollo (Iniciativa CID) integrada fundamentalmente por ONG’s de la región altamente profesionalizadas, encarnó precisamente esta postura. Sin oponerse por principio al libre comercio, los representantes de la Iniciativa CID propusieron en cambio la firma de un tratado del que las naciones centroamericanas, incluyendo sus sectores más vulnerables, pudieran obtener provecho. Para conseguirlo realizaron labores de investigación de las posibles consecuencias de los tratados, generaron propuestas alternativas a los textos de los mismos, hicieron cabildeo con funcionarios y representantes públicos y diseminaron información para tratar de concienciar a la opinión pública de la necesidad de una renegociación de los acuerdos tal y como habían sido propuestos.

Frente a ello, la postura de franca oposición a los tratados de libre comercio en la región se articuló en torno a las organizaciones y redes con participación activa en el Foro Mesoamericano de los Pueblos (FMP). Surgido en 2001, el Foro constituyó un instrumento de acción colectiva y de resistencia a las políticas neoliberales en la región México - Centroamérica. Organizado originalmente como una respuesta ante las repercusiones que el Plan Puebla Panamá (PPP) iba a tener para los pueblos mesoamericanos, centró sus esfuerzos en la oposición al CAFTA como principal objetivo a partir de 2002. El rechazo al tratado por parte de estas redes fue absoluto. Se opusieron a participar en la negociación en los espacios ofrecidos por los gobiernos y, en cambio, llamaron a realizar todo tipo de actos de resistencia civil pacífica a los acuerdos de libre comercio. La movilización social fue su estrategia primordial en un marco global de resistencia transnacional al sistema capitalista. Organizaciones como *Encuentro Popular* en

Costa Rica, la Red *Sinti Techan* y el *Movimiento Popular de Resistencia - 12 de Octubre* (MPR-12) en El Salvador, la *Mesa Global* de Guatemala y la *Coordinadora Nacional de Resistencia Popular* en Honduras se encontraron entre las redes nacionales más activas en la oposición al CAFTA.

Pese a la fuerte movilización social desplegada, en marzo de 2004 el tratado fue firmado por los representantes de comercio de los Estados Unidos, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, siendo asimismo ratificado por el gobierno de este último país en el mes de octubre del mismo año. Las ratificaciones por los poderes legislativos del resto de los países interesados se sucedieron a partir de ese momento, empezando por la Asamblea salvadoreña quien lo hizo en diciembre de 2004 y los parlamentos hondureño y guatemalteco quienes dieron su aprobación en marzo de 2005. Las cámaras legislativas norteamericanas ratificaron el tratado entre junio y julio de 2005. Finalmente, la aprobación legislativa del tratado fue sometida en Costa Rica a un referéndum, el cual fue ganado por los partidarios de la misma en octubre de 2007.

3. EL FIN DE UN CICLO: LA TRANSFORMACIÓN DE LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA CENTROAMERICANA

Como se señaló más arriba, en los primeros años de la década de los noventa, y en el marco de los procesos de transición a la democracia en la región, ciertos sectores de la elite centroamericana portadores de un ideario neoliberal consiguieron ejercer control sobre la esfera de la sociedad política, esto es, sobre los estados, e incluso y como apunta William I. Robinson¹⁰, fueron capaces de establecer los límites del debate entre los grupos subordinados acerca de los proyectos alternativos de sociedad. En este sentido, la hegemonía ideológica del neoliberalismo alcanzó a importantes sectores de las principales organizaciones de izquierda de la región, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)¹¹.

Estas organizaciones de izquierda, surgidas en los años sesenta y setenta como agrupaciones guerrilleras¹², tuvieron en común en sus

orígenes un objetivo de transformación total del orden social y político mediante la revolución. Se constituyeron como una alternativa anti – capitalista y anti – autoritaria, por tanto anti – sistémica, en el marco de regímenes autoritarios altamente represivos. Dichos regímenes utilizaron con frecuencia una fachada democrática, estableciendo parlamentos y partidos políticos ficticiamente representativos y organizando periódicos comicios fraudulentos con el fin de ofrecer una apariencia de pluralismo. Ello explica en buena medida que la democracia fuera contemplada como un mero arreglo entre las elites oligárquicas por parte de la izquierda revolucionaria en los años setenta. La transformación que proponían los revolucionarios centroamericanos debía pasar necesariamente por la toma del poder del Estado, al que identificaban como la expresión del dominio de las oligarquías terratenientes apoyadas por el imperialismo norteamericano. Como afirma John Holloway¹³, el paradigma que predominó en el pensamiento revolucionario a lo largo del siglo XX era el de la necesidad de la toma del poder del Estado, para desde este cambiar la sociedad, paradigma que las guerrillas centroamericanas obviamente compartieron. Sin embargo, y frente a la postura de marxismo ortodoxo y estrategia gradualista que representaban los partidos comunistas de la región hasta la década de los sesenta, las organizaciones armadas hacían énfasis en la capacidad de los revolucionarios para crear las condiciones subjetivas que debían desencadenar la revolución. La violencia revolucionaria debía convertirse, según este planteamiento, en el catalizador de la toma de conciencia de las mayorías excluidas, cuya situación vital de miseria y explotación proporcionaba las condiciones objetivas para el estallido revolucionario. Por ello, aquellos jóvenes revolucionarios priorizaban la práctica frente al reformismo que a sus ojos representaba la estrategia de los comunistas centroamericanos. En este sentido se constituyeron en una “nueva” izquierda frente a la vieja izquierda que representaban los partidos comunistas. Frente al énfasis en el potencial revolucionario de la clase trabajadora urbana y el consiguiente desarrollo del sindicalismo de estos últimos, las organizaciones político – militares centroamericanas realizaron labores de organización y concienciación con una pluralidad de sujetos: campesinos, estudiantes, indígenas, miembros de iglesias, y pobladores de barrios marginales entre otros. Desde una perspectiva leninista, estas organizaciones se

consideraban a sí mismas como la vanguardia que debía guiar las acciones del movimiento social, cuyo rol fue en la mayoría de las ocasiones básicamente instrumental. Esto es, la activación de las luchas y protestas de los distintos sectores sociales se subordinó a la estrategia de la vanguardia revolucionaria, contemplándose a los activistas de las organizaciones populares como fuente de reclutamiento o correas de transmisión de las necesidades del grupo armado. La guerrilla cumplía de esta forma las funciones del partido leninista de vanguardia dentro de una estrategia que priorizaba la construcción de una organización muy centralizada de revolucionarios profesionales como vehículo idóneo para la toma del poder del Estado, que siempre fue el objetivo último de la movilización. Revolución y lucha armada fueron entonces las dos principales ideas motoras de la izquierda revolucionaria centroamericana hasta inicios de los años noventa.

Transformadas en partidos políticos entre 1990 y 1996, e insertas en las instituciones políticas en un marco de democracia representativa, estas organizaciones renunciaron en la práctica a implementar programas de cambio estructural, pese a que continuaron manteniendo a lo largo de los años noventa una retórica de oposición al neoliberalismo. En este sentido es válido el argumento de Sergio Zermeño¹⁴ cuando afirma que América Latina sucumbió en la década de los noventa a la persuasión ejercida por la idea de que, a pesar de la persistencia de sus males tradicionales, la región se encontraba transitando hacia algo mejor, “se encontraba transitando hacia la democracia”. A esta fascinación no fue ajeno un importante sector de la izquierda revolucionaria centroamericana, al menos hasta el final de la década pasada. Tras el final de los conflictos armados y la transición hacia regímenes de democracia representativa, las tres principales fuerzas de la izquierda centroamericana se insertaron en las instituciones y cumplieron satisfactoriamente su rol de oposición parlamentaria de acuerdo a las disposiciones constitucionales. En el caso nicaragüense, el estilo populista y la retórica de confrontación del liderazgo del FSLN fueron incluso de la mano de pactos y acuerdos con los partidos conservadores en el poder, habiéndose producido lo que Martí¹⁵ califica como una “reunificación política de la elite tradicionalmente dominante” por encima de los conflictos partidarios e ideológicos. En un contexto de desarticulación ideológica de las

izquierdas a nivel mundial, el FSLN, el FMLN y la URNG se dieron a la tarea de construir organizaciones partidarias al uso, transitando desde una organización de partido – estado en el caso nicaragüense y desde alianzas de organizaciones político – militares en los casos salvadoreño y guatemalteco. Las tareas de reconstrucción organizativa y redefinición ideológica consumieron la década de los noventa, las cuales vinieron acompañadas de un corolario de rupturas internas. La adaptación a la política partidaria y las disputas faccionales agotaron buena parte de las energías de las fuerzas de la izquierda partidaria, mientras quedaba pendiente la construcción de una ideología articulada y adaptada a los nuevos tiempos. En este último plano el panorama durante la década de los noventa fue de una fuerte confusión, de pérdida de referentes ideológicos y ausencia de verdaderas propuestas alternativas. Carlos Figueroa¹⁶ afirma que, en el caso de la URNG, la imposibilidad de la revolución y el desprestigio de una cierta idea de lo que era el socialismo, fueron dos de los factores principales que precipitaron la crisis de dicha organización. Estos mismos elementos son válidos para explicar las sucesivas escisiones ocurridas en el seno del FMLN o la transformación del Sandinismo a lo largo de los años noventa. Cuál es la finalidad de un partido revolucionario si la revolución ya no es un proyecto posible, y cuál debe ser el contenido de la nueva sociedad alternativa, son según Figueroa Ibarra dos de los interrogantes que la izquierda revolucionaria no ha sido capaz de responder desde su integración a la sociedad política.

Estos rasgos caracterizaron a la izquierda revolucionaria centroamericana durante los años noventa, si bien hay que decir que el ascenso de Hugo Chávez y su proyecto se “socialismo del siglo XXI” se han convertido en los primeros años de la década de dos mil en un nuevo referente de propuesta revolucionaria, al menos para algunos sectores de dicha izquierda. Ello plantea dilemas importantes a estas fuerzas políticas en un momento como el actual en el que han conseguido triunfar electoralmente y formar gobiernos tanto en Nicaragua – noviembre de 2006 -, como en El Salvador – marzo de 2009 -. Es necesario señalar, que en el caso nicaragüense, el partido que ha asumido el poder bajo la bandera del Sandinismo, es una formación política muy distinta de aquella que condujo el proceso revolucionario entre 1979 y 1990.

En el plano de la sociedad civil, el escenario durante los primeros años noventa estuvo presidido por la emergencia de Organizaciones No Gubernamentales conectadas a donantes internacionales, buena parte de ellas fundadas por ex – activistas de las organizaciones armadas. Un modelo organizativo caracterizado por un activismo profesionalizado, frecuentemente desconectado de las organizaciones del movimiento social, y cuyas acciones se dirigieron en no pocas ocasiones a paliar los peores efectos de los modelos de desarrollo, en lugar de instigar la crítica a estos o estimular la búsqueda de modelos alternativos. Para William Robinson¹⁷, el desarrollo de este modelo de asociacionismo de la sociedad civil fue estimulado por las elites dominantes centroamericanas como una forma de imposición de su hegemonía ideológica a la sociedad civil. Sin embargo, dicha hegemonía no se pudo sostener en esta esfera debido a que una constelación de organizaciones y colectivos se movilizaron contra la implementación de políticas diseñadas en la línea del Consenso de Washington. Como se verá a continuación, es precisamente desde las organizaciones más críticas con las políticas neoliberales, y claramente desde aquellas más críticas con el CAFTA, desde donde realmente se comienza a desafiar en la región al ideario neoliberal. Hay que destacar que en buena medida la articulación de estos sectores ha sido posible gracias a la experiencia adquirida por una generación de activistas formados en los movimientos revolucionarios de los años setenta y ochenta, y que se ha situado en el centro de la movilización nacional y transnacional contra las políticas neoliberales.

4. DESAFIANDO LA HEGEMONÍA NEOLIBERAL: LA RECONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO POPULAR

Como se mencionó más arriba las protestas contra las políticas neoliberales de los años noventa aglutinaron a una serie heterogénea de actores sociales en torno al rechazo de las mismas. Sin embargo, dichas protestas se dieron en el contexto de una aguda desarticulación ideológica de la izquierda revolucionaria centroamericana, que enfrentaba en esos momentos la pérdida de su horizonte utópico en un contexto de auge de la democracia representativa y la economía de mercado. Si bien los partidos de izquierda se sumaron a las protestas contra políticas concretas en ningún

caso tuvieron un papel protagónico, fue en realidad en el plano de la sociedad civil donde se gestó y organizó la resistencia contra las medidas neoliberales. Fue en los primeros años de la década de dos mil, y en el seno de un movimiento social reorganizado donde se empezó a hacer patente el surgimiento de los primeros elementos constitutivos de un nuevo sistema de creencias políticas de izquierda en la región. La eclosión de dicho sistema se produjo alrededor de las movilizaciones de oposición al CAFTA. Como afirma Katherine Reilly¹⁸, tras el anuncio de este acuerdo el Foro Mesoamericano de los Pueblos se convirtió en el espacio por excelencia del movimiento anti/alter globalización en la región y en un lugar de encuentro privilegiado de la izquierda centroamericana. Es al interior de este y de las organizaciones y movimientos sociales que componen lo que Rose Spalding¹⁹ ha denominado los “resistentes transgresores”, desde donde se comienza a pergeñar una alternativa propositiva al neoliberalismo como ideología hegemónica, y no tan sólo un discurso de oposición al mismo. Fue en el marco del Tercer Foro Mesoamericano de los Pueblos celebrado en Managua en julio de 2002 donde el CAFTA se convirtió en el objetivo prioritario de las movilizaciones, y donde el Foro se afirmó como un espacio de encuentro de resistencia anti - capitalista. La oposición contra los proyectos de infraestructura e integración concebidos para la región bajo el Consenso de Washington se expresó en la primera jornada de acción mesoamericana contra el PPP y el CAFTA, celebrada el 12 de octubre de 2002. De igual forma, entre 2002 y 2003 se produjo el surgimiento de varios movimientos sociales centroamericanos que en adelante protagonizarían la oposición al CAFTA, como por ejemplo la red *Sinti Techan* en El Salvador o el *Bloque Popular Centroamericano* en el nivel regional, que fue resultado a su vez de las acciones desplegadas por la coordinación del Foro Mesoamericano. Ello significó también la derrota simbólica de las ONG profesionalizadas que defendían el apoyo crítico al tratado, y de forma más general, el fin de un ciclo de organización de la sociedad civil centroamericana que tuvo en estas organizaciones su instrumento preferente durante la década de los noventa. La negociación del tratado ejerció de línea de demarcación entre aquellas organizaciones y movimientos partidarios de una alternativa anti - capitalista, y aquellas otras que proponían reformas al sistema. De ese cisma, emergió una

nueva infraestructura organizativa de coaliciones multi – sectoriales organizadas en forma de redes con vínculos regionales y transnacionales e integradas a nivel nacional por asociaciones de mujeres, organizaciones ecologistas, campesinas, indígenas, comunales y de desarrollo, surgidas a su vez en su mayoría a mediados de los años noventa y en los primeros años dos mil. Entre estas redes se encuentran y como se mencionó mas arriba *Encuentro Popular* en Costa Rica, la *Red Sinti Techan* y el *Movimiento Popular de Resistencia - 12 de Octubre* (MPR-12) en El Salvador, la *Mesa Global* de Guatemala y la *Coordinadora Nacional de Resistencia Popular* de Honduras. Estas aglutinan a los sectores de la izquierda centroamericana desilusionados con los resultados de las democracias establecidas en los años noventa y las promesas de los procesos de transición democrática, y se afirman como una nueva alternativa anti – capitalista tras el “aggiornamento” de la izquierda revolucionaria por una parte, y los magros resultados de la estrategia de reforma del sistema de las ONG surgidas tras los procesos de paz, por la otra.

El Foro Social y las luchas contra los acuerdos de libre comercio constituyen la expresión en el nivel centroamericano de una bifurcación en la escena ideológica de las democracias de la región entre un neoliberalismo hegemónico de una parte, y un conjunto de resistencias que forman la base de una contra – ideología embrionaria, parafraseando a Schwarzmantel²⁰. Es en el espacio creado por las redes de oposición al tratado, por tanto en la esfera de la sociedad civil, donde se están generando el nuevo pensamiento y las nuevas prácticas de la izquierda en la región.

Las organizaciones aglutinadas en el polo más crítico del Foro Mesoamericano desplegaron varios ejes de resistencia al CAFTA. De una parte, la concienciación ciudadana acerca de las implicaciones del tratado, especialmente en cuanto a lo que supondría de amenaza a bienes públicos, y más específicamente al agua, y a los derechos laborales, y en concreto a los de las mujeres trabajadoras de las maquilas. De otra parte, las organizaciones hicieron hincapié en la toma de conciencia de los efectos que el tratado tendría en el rol del Estado, y en particular respecto de los procesos privatizadores que, al amparo del CAFTA, amenazaban con dismantelar los restos del sector público. A la concienciación, las redes y organizaciones del Foro sumaron la movilización como estrategia

principal para detener la firma del tratado en los distintos países.

En este proceso de lucha contra el libre comercio como exponente fundamental del neoliberalismo en la fase actual, los activistas empezaron a tomar conciencia de la necesidad de organizar alternativas desde fuera del sistema²¹, es decir de desarrollar un discurso y una práctica propositivos y anti-sistémicos. Alternativas entendidas en oposición a la vieja estrategia de la izquierda revolucionaria de construcción de una única alternativa al capitalismo a través de la toma del poder del Estado para desde allí reorganizar a la sociedad de acuerdo a un único modelo socialista. Frente a ello, las organizaciones del movimiento popular se decantan por un objetivo de construcción de alternativas desde abajo, esto es desde la sociedad civil²². Su opción es la de generar contra – poder desde el nivel local y de forma independiente respecto al poder del Estado.

No se trata, desde su punto de vista, de tomar el poder sino de construirlo desde abajo. En palabras de Carlos H. Reyes, coordinador del Bloque Popular de Honduras: “Esto es un problema de estructura, y esta estructura que se ha construido en tanto tiempo sólo la vamos a destruir desde abajo...Lo que nosotros estamos construyendo desde las bases es poder popular. Nosotros creemos que desde la base podemos cambiar lo que históricamente se ha hecho con nuestros países, con nuestro pueblo...”²³. La construcción de las alternativas al capitalismo, ya sea en la esfera de la producción o del intercambio está por tanto ligada a la construcción de poder popular y este asimismo se encuentra estrechamente unido a la construcción de organizaciones en el nivel local y regional en cada país. El objetivo último de un sector importante del movimiento popular centroamericano (ciertamente no de la totalidad de este) es por tanto un objetivo político de transformación de las relaciones de poder existentes, y no meramente la consecución de reivindicaciones sectoriales.

Lejos de existir un consenso en torno de que tipo de alternativas específicas deben ser construidas y como deben construirse, se perciben diferencias entre partidarios de propuestas erigidas sobre la base de una lectura realizada en términos de diferencias de clase, y propuestas que enfatizan visiones identitarias, siendo este último el caso especialmente de un sector de las

organizaciones feministas centroamericanas²⁴. De la misma forma, el nivel de establecimiento de objetivos políticos concretos no es homogéneo en todos los países. Por ejemplo, en el caso de Costa Rica parecen existir divergencias en el nivel propositivo, esto es en cuanto al tipo de alternativas al neoliberalismo que se deben construir debido, según Carlos Aguilar miembro de la red *Encuentro Popular*, a las fuertes diferencias políticas e ideológicas existentes en el seno del movimiento social²⁵.

De la misma forma, el estadio de desarrollo de la izquierda social autónoma en la región es desigual, siendo más incipiente en aquellos países que cuentan con una izquierda partidaria fuerte acostumbrada a subordinar al movimiento social, constituyendo el ejemplo paradigmático el caso de Nicaragua, donde la influencia del Frente Sandinista sobre el movimiento popular es todavía muy fuerte.

Entre las ideologías de resistencia al neoliberalismo en Centroamérica destaca lo que J. Schawarzmantel²⁶ denomina *ideologías moleculares*, esto es, aquellas que critican al sistema capitalista por las repercusiones que este tiene sobre identidades particulares –como en el caso del feminismo – o sobre asuntos concretos como el equilibrio ambiental del planeta – caso del ecologismo –, o las desigualdades entre el Norte y el Sur – el movimiento por la justicia global -. En el caso centroamericano estas ideologías moleculares se hayan con frecuencia – si bien no siempre - insertas en un marco más amplio procedente de la crítica marxista a la extensión de las relaciones de mercado a todas las esferas de la vida social, y contienen un horizonte de transformación social. Esa transformación no se propone, como se indicó más arriba, como dependiente de la toma del poder del Estado, sino a partir de la construcción de poder desde lo local, de abajo a arriba y desde la pluralidad.

En el caso del feminismo, la lucha revolucionaria en Centroamérica a finales del siglo XX tuvo el efecto de originar toda una generación de mujeres activistas socializadas en la lucha armada y en el movimiento popular que, al final de las guerras civiles, dieron origen a las primeras organizaciones feministas de la región. Para las organizaciones armadas de los setenta y ochenta, la contradicción fundamental en la sociedad era la de clases sociales, mientras que las contradicciones de género o de etnia, eran consideradas secundarias. Además los partidos

de vanguardia que constituyeron el centro del movimiento revolucionario reprodujeron en cierta medida en su propio seno las desigualdades de género existentes en la sociedad²⁷. Todo ello tuvo su reflejo en los textos de los acuerdos de paz firmados tanto en El Salvador como en Guatemala donde la igualdad de género tampoco fue incluida como un objetivo a alcanzar en la construcción de las nuevas sociedades de postguerra. Junto a ello, hay que destacar que el espacio de asociatividad en los regímenes autoritarios era muy reducido y el hecho de asociarse con cualquier propósito constituía una empresa arriesgada. Cualquier reivindicación de índole sectorial o identitaria era asociada por el régimen con los movimientos insurgentes y se convertía en objeto de represión, lo cual desalentaba cualquier esfuerzo organizativo. La conjunción de estos elementos dio como resultado que no fuera sino tras el final de las guerras civiles, cuando grupos de mujeres con experiencia en la participación en las organizaciones revolucionarias se organizaran autónomamente con una perspectiva de género²⁸. A partir de ese momento las organizaciones de mujeres han estado presentes en las movilizaciones contra políticas neoliberales formando parte de amplias coaliciones multi - sectoriales como el *Bloque Popular* de Honduras, la Red *Sinti Techan* de El Salvador, y de forma destacada, como parte de la *Mesa Global* de Guatemala²⁹.

Por lo que respecta al movimiento ecologista, su surgimiento en El Salvador y Guatemala se produjo igualmente a partir la desactivación de los conflictos civiles a mediados de la década de los noventa, y ello por varias razones. De una parte, porque las contradicciones ambientales generadas por el capitalismo no formaron parte del discurso de la izquierda revolucionaria centroamericana. De otra parte, porque el estallido de las guerras civiles ahuyentó las inversiones en explotación de recursos naturales con alto impacto sobre el medio ambiente, como la minería, el sector forestal o la generación de energía. Esta situación cambió a partir de la estabilización política de la región, cuando de nuevo se reiniciaron proyectos de explotación de recursos naturales de alto impacto ecológico que provocaron el rechazo de las poblaciones afectadas, y estimularon la organización social en torno de la problemática ambiental. En no pocas ocasiones, antiguos responsables de nivel medio y alto en las organizaciones guerrilleras, fueron los impulsores de la creación de organizaciones de defensa del medio ambiente³⁰.

durante el período de eclosión de organizaciones no gubernamentales en Centroamérica de los años noventa. Al igual que en el caso de las organizaciones de mujeres, varias organizaciones ecologistas han participado en las movilizaciones contra las políticas liberales, y en particular en la campaña contra el CAFTA como parte de coaliciones multi – sectoriales.

La aceptación de la pluralidad y la diferencia, y el rechazo de las rigideces ideológicas y los modelos “cerrados” de sociedad, constituyen elementos centrales de la ideología del movimiento popular centroamericano. Ello está relacionado con una ampliación de los sujetos políticos a los que se dirige y a quien pretende movilizar, sujetos que en algunos casos no habían sido contemplados de forma preferente por la izquierda revolucionaria: el movimiento feminista, la población indígena, los grupos ecologistas, sectores de la economía no formal, etc. Igualmente el marco en base al que se plantean las reivindicaciones ha cambiado, desde el tradicional enfoque de la izquierda de movilización a partir de reivindicaciones sectoriales, se ha pasado a un enfoque basado en el reclamo de bienes públicos o derechos universales: agua potable, salud, energía, medio ambiente, soberanía alimentaria. Es también destacable el cambio en los repertorios de confrontación de la izquierda centroamericana. El énfasis hoy se encuentra en las acciones de resistencia civil, habitualmente pacíficas y, con menos frecuencia, disruptivas. La desaparición de los regímenes autoritarios y la consiguiente reducción de los niveles de represión empleados, así como el desprestigio de la lucha armada como método aceptable de intervenir en la política, explican en buena medida los métodos de protesta empleados actualmente.

Un elemento importante dentro de este sistema de creencias políticas de izquierda lo constituye la aproximación que sostienen las distintas organizaciones y movimientos populares con respecto a la democracia representativa. Mientras que la izquierda revolucionaria rechazaba en los años setenta de forma general la democracia por ser un régimen de clase, un instrumento de las burguesías y oligarquías nacionales para mantener su dominio; hoy en día el panorama es más complejo, la postura respecto de la democracia representativa está lejos de ser uniforme. Existen fuertes diferencias a nivel de cada país y entre las distintas organizaciones, pero se puede afirmar que existe una corriente de pensamiento que goza de

considerable aceptación y que asume que el marco de la democracia representativa de libre mercado en el que se mueven los partidos políticos, - incluidos los de izquierda -, no es el lugar desde el que se pueden poner en práctica alternativas al propio sistema capitalista. Los partidos de izquierda se han convertido en parte del sistema político y, desde su percepción, este a su vez se basa en la defensa de la propiedad privada, por lo que no es posible realizar modificaciones importantes sin alterar los marcos constitucionales y transformar los sistemas políticos³¹. La opción preferente respecto de los partidos procedentes de la izquierda revolucionaria hoy en el poder en El Salvador y Nicaragua, es una combinación de apoyo crítico y presión en la calle desde posturas que van desde la autonomía hasta la independencia de la política del partido.

Desde el punto de vista organizativo, frente al modelo vanguardista de la izquierda leninista, el movimiento popular propone que el papel de sus organizaciones sea el de acompañar las luchas de la gente, pero no el de dirigirlas ni imponer su hegemonía. Esto es, rechazan, al menos en teoría, el modelo de “movilizadores” y “movilizados” que proponía el paradigma leninista, el cual ponía en cuestión la posibilidad de que los sectores excluidos fueran capaces de adquirir conciencia política revolucionaria por sí mismos. La propia forma de organización de esta izquierda – redes de organizaciones heterogéneas, en lugar de un partido rígidamente orientado por una única ideología totalizadora – prima la pluralidad de corrientes de pensamiento y de formas organizativas. Como afirma Daniel Chávez refiriéndose de forma general a la nueva izquierda latinoamericana³² las formas organizativas predominantes “son los frentes amplios... las coordinadoras de movimientos o los encuentros de organizaciones populares”. La tendencia en América Central en estos primeros años de la década de dos mil parece ser exactamente la misma, la construcción de coaliciones multisectoriales que se movilizan contra políticas que afectan prácticamente a todos los sectores sociales. Este mecanismo organizativo tiene raíces profundas en algunos países de la región, caso de Guatemala y especialmente de El Salvador, donde en las décadas de los setenta se construyeron coaliciones multi - sectoriales que desafiaron a los regímenes autoritarios. La revitalización con nuevos matices de este modelo de infraestructura organizativa, así como la celebración de encuentros multisectoriales

periódicos – las distintas ediciones del Foro Mesoamericano -, se debe en buena medida a la influencia que ha tenido la regeneración de la izquierda internacional, como se ha observado también en otras naciones latinoamericanas. Buena prueba de ello lo constituyen por ejemplo el papel que jugó la Red Mexicana de Acción contra el Libre Comercio (RMALC), en la orientación y asesoría de los activistas centroamericanos en su oposición al Área de Libre Comercio de las Américas³³ (ALCA), el PPP y posteriormente el CAFTA; así como el hecho de que las principales coaliciones multi – sectoriales presentes en el Foro Mesoamericano formen parte de la Alianza Social Continental (ASC), o que dicho Foro sea la prolongación regional del proceso iniciado con el Foro Social Mundial en 2001.

REFLEXIONES FINALES

Los agravios producidos por la implementación simultánea en todos los países de la región de políticas económicas de corte neoliberal ha estimulado la organización de una infraestructura organizativa a nivel regional de encuentros, redes y coaliciones multi – sectoriales críticas de la globalización neoliberal. Estas organizaciones han pasado de la crítica inicial a los efectos de dichas políticas, a la propuesta de alternativas de organización social y económica con una orientación anti – capitalista. Esta orientación anti – sistémica se relaciona en buena medida con el hecho de que la implantación de las democracias representativas ha ido de la mano en Centroamérica – como en casi toda América Latina – de la aplicación de políticas económicas con altos costos sociales. De esta forma, neoliberalismo y democracia representativa han quedado asociados en el imaginario político de las organizaciones de la sociedad civil. De otra parte, los partidos políticos de la izquierda revolucionaria se encontraron inmersos en una aguda desorientación ideológica, y en la recomposición de sus estructuras durante buena parte de la década de los noventa, por lo que fueron incapaces de articular una respuesta convincente a la hegemonía ideológica del neoliberalismo. Todo ello abrió el espacio para el surgimiento de nuevas opciones de izquierda social que se venían gestando desde mediados de los años noventa, y que eclosionaron en el surgimiento del Foro Mesoamericano y las protestas contra los tratados de libre comercio en los primeros años del siglo XXI.

El nuevo ideario de izquierda en la región se caracteriza por un rechazo frontal al neoliberalismo, y a sus implicaciones: la mercantilización de todas las esferas de la vida social, la privatización de bienes públicos, el establecimiento de acuerdos asimétricos de comercio, etc. En este punto todas las organizaciones y movimientos populares de la región parecen converger. En cuanto al tipo de alternativas que se deben construir en oposición al modelo neoliberal, existe menos acuerdo, sin embargo sí parece existir una tendencia dominante que enfatiza que el objetivo central en este momento es la construcción de poder desde la sociedad civil y no la toma del poder del Estado como paso previo a la transformación de la sociedad. Existe aún muy poca concreción en la aplicación práctica de la construcción de esas alternativas de sociedad, y el proceso se encuentra en este punto en una fase embrionaria. Destaca también la apelación a la diversidad y a la movilización de sujetos políticos muy diversos y tradicionalmente relegados en el discurso de la izquierda revolucionaria centroamericana. Junto a los sindicatos o las organizaciones campesinas, destaca la participación en las movilizaciones de organizaciones de mujeres, ecologistas e indígenas, entre otras. Este elemento de fortaleza en términos de capacidad de movilización, se convierte también en un rasgo de debilidad en cuanto a la definición de cual es ese otro mundo alternativo y posible al que aspira el movimiento popular centroamericano.

En este punto inevitablemente surge una cuestión importante: ¿Constituye este nuevo sistema de creencias políticas de izquierda una verdadera contra – ideología de oposición al neoliberalismo, o en realidad se trata más bien de un conjunto de ideologías fragmentarias o moleculares que enfatizan cuestiones particulares con escasa capacidad de articular un discurso coherente, y capaz de representar un proyecto alternativo de sociedad? Si por ideología se entiende un conjunto de ideas capaces de proponer un ideal de sociedad y de ofrecer los elementos necesarios para articular en la práctica ese ideal, entonces se puede afirmar que el ideario de la izquierda social centroamericana constituye actualmente una ideología en una fase aún incipiente, donde todavía faltan elementos importantes que definir. El ideal propuesto es el de una sociedad de individuos solidarios, con justicia social, democracia participativa e igualdad entre los

géneros y que debe ser ecológicamente sostenible. La construcción de esa sociedad debe realizarse desde lo local a lo global, generando poder entendido como comunidades organizadas con nuevos valores y prácticas económicas.

Por último, otro elemento destacable lo constituye la independencia respecto de los partidos políticos de izquierda. Frente a un pasado reciente en el que el movimiento popular ejerció de correa de transmisión de los grupos armados, en la actualidad las organizaciones populares apuestan por un desarrollo independiente en el que caben las alianzas en torno de asuntos específicos, pero nunca desde una posición subordinada a las fuerzas políticas.

Todos estos elementos constituyen objetivamente, y pese a sus importantes carencias, una renovación del pensamiento de izquierda en la región después de dos casi dos décadas de desarticulación ideológica y hegemonía neoliberal.

NOTAS

¹ Almeida, Paul, “Defensive Mobilization. Popular Movements against Economic Adjustment Policies in Latin America.”, *Latin American Perspectives*, volumen 34, 2007, 123-139.

² Schwarzmantel, John, *Ideology and Politics*. London, Sage, 2008, 18.

³ Steger, Manfred, “Ideologies of Globalization”, *Journal of Political Ideologies*, volumen 10, número 1, 2005, 27.

⁴ Harvey, David, *A Brief History of Neoliberalism*. New York, Oxford University Press, 2005, 2.

⁵ Schwarzmantel, John, *Ideology and Politics*, op. cit., 60.

⁶ Harvey, David, *A Brief History*, op.cit, 2.

⁷ Almeida, Paul; Walker, Erica, “El avance de la globalización neoliberal: una comparación de tres campañas de movimientos populares en Centroamérica”, *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, volumen IV, número 1, 2007, 51-76.

⁸ Almeida, Paul; Walker, Erica., “El avance de la globalización”, op. cit., 54.

⁹ Spalding, Rose, “Civil Society Engagement in Trade Negotiations: CAFTA Opposition Movements in El Salvador”, *Latin American Politics and Society*, volumen 49, número 4, 2007, 86.

¹⁰ Robinson, William, *Transnational Conflicts. Central America, Social Change and Globalization*. London, Verso, 2003, 226.

¹¹ En 2006 la URNG se fusionó con el Movimiento Amplio de Izquierda (MAIZ) junto a otras organizaciones. Desde la firma de los Acuerdos de Paz de 1996 que pusieron fin al conflicto armado en el país, URNG ha mantenido una existencia precaria

como partido político. Hay que señalar asimismo que ni en Honduras, ni en Costa Rica existen partidos políticos de izquierda significativos.

¹² Es necesario mencionar que los partidos comunistas de la región se decantaron también por la lucha armada, en algunos casos de forma precoz, como en Guatemala, y en otros tardía como en El Salvador y formaron parte de las coaliciones de organizaciones guerrilleras.

¹³ Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Argentina, Herramienta / Universidad Autónoma de Puebla, 2005, 28.

¹⁴ Zermeño, Sergio, *La desmodernidad Mexicana*. México, Océano, 2005, 27.

¹⁵ Martí I Puig, Salvador, “Nacimiento y mutación de la izquierda revolucionaria centroamericana”, en Salvador Martí I Puig y Carlos Figueroa Ibarra (eds.), *La izquierda revolucionaria en Centroamérica. De la lucha armada a la participación electoral*. Madrid, Libros de la Catarata, 2006, 15-52.

¹⁶ Figueroa Ibarra, Carlos, “La izquierda revolucionaria en Guatemala: Revolución para la democracia, democracia para la revolución”, en Salvador Martí I Puig y Carlos Figueroa Ibarra (eds.), *La izquierda revolucionaria en Centroamérica. De la lucha armada a la participación electoral*. Madrid, Libros de la Catarata, 2006, 129-172.

¹⁷ Robinson, William, *Transnational Conflicts*, op. cit., 227.

¹⁸ Reilly, Katherine, “The Central American Left at a Cross – road: The Mesoamerican People’s Forum as a Complex, Contested Space”, Canadian Political Science Association Annual Congress, Vancouver, Canada, June 2008, 9.

¹⁹ Spalding, Rose, “Civil Society Engagement”, op. cit., 95.

²⁰ Schwarzmantel, John, *Ideology*, op. cit., 38.

²¹ Raúl Moreno, miembro de la red Sinti Techan de El Salvador y de la Alianza Social Continental en entrevista con al autor, San Salvador 13 de agosto de 2009.

²² Raúl Moreno, miembro de la red Sinti Techan de El Salvador y de la Alianza Social Continental en entrevista con al autor, San Salvador 13 de agosto de 2009.

²³ Ver: Grigsby, William, “Nuevos movimientos sociales empiezan a renacer”, *Envío Digital*, revista electrónica, Nicaragua: Universidad Centroamericana, 2004, fecha de consulta: 11 de enero de 2010. Disponible en: <http://www.envio.org.ni/articulo/2189>.

²⁴ Reilly, Katherine, “The Central American Left”, op. cit., 18.

²⁵ Grigsby, William, “Nuevos movimientos sociales”, op. cit.

²⁶ Schwarzmantel, John, *Ideology*, op.cit., 16.

²⁷ Ver: Vázquez, Norma; Ibáñez, Cristina y Murguialday, Clara, *Mujeres – Montaña. Vivencias de guerrilleras y colaboradoras del FMLN*. España, Horas y Horas, 1996; Stolz Chinchilla, Norma, “Nationalism, Feminism and Revolution in Central

America”, en: Lois West (edit.), *Feminist Nationalism*. New York, Routledge, 1997, 201 -220.

²⁸ Hay algunas excepciones como el caso de la organización *Las Dignas* de El Salvador creada antes del final de la guerra, en 1990. En este caso la fundación de la organización supuso la ruptura con la organización político – militar (Resistencia Nacional) ante la negativa del partido armado de permitir una organización autónoma de mujeres en su interior. Morena Herrera, fundadora de *Las Dignas*, en entrevista con el autor, San Salvador, 2 de octubre de 1998.

²⁹ Ver: Almeida, Paul, “Defensive Mobilization”, op. cit., 130.

³⁰ Es el caso por ejemplo de FUNDALEMPA y la Unidad Ecológica Salvadoreña (UES) en El Salvador.

³¹ Raúl Moreno, miembro de la red Sinti Techan de El Salvador y de la Alianza Social Continental en entrevista con al autor, San Salvador 13 de agosto de 2009.

³² Chávez, Daniel, Rodríguez Garavito, César y Barrett, Patrick, “¿Utopía revivida? “Introducción a la nueva izquierda latinoamericana”, en Daniel Chávez, César Rodríguez Garavito y Patrick Barrett, *La Nueva Izquierda en América Latina*. Madrid, Libros de la Catarata, 2008, 31-77.

³³ Raúl Moreno, miembro de la red Sinti Techan de El Salvador y de la Alianza Social Continental, en entrevista con al autor, San Salvador, 13 de agosto de 2009.